

# El concepto de nación de Leopoldo Mármora\*

Gilberto López y Rivas\*\*

La obra de Mármora, publicada originalmente en alemán, destaca por su carácter crítico e innovador en la apasionante temática de la cuestión nacional. Su trabajo es una aportación valiosa no sólo para los investigadores de la problemática étnico-nacional sino también para todos aquellos que pretenden transformar las relaciones de dominación de las naciones capitalistas, en el marco de un proceso positivo de desarrollo nacional; de conformación de una nación de nuevo tipo en la que se imponga la hegemonía de las clases oprimidas y explotadas que constituyen las grandes mayorías nacionales.<sup>1</sup>

Mármora divide en tres partes su estudio. En la primera hace una revisión crítica de nación e internacionalismo desde Marx hasta Stalin. En la segunda analiza la construcción contradictoria de la "nación burguesa"; y en la tercera parte expone sus tesis sobre la nación popular democrática. Pasemos a reseñar el contenido de este trabajo en detalle.

El autor inicia su revisión crítica del marxismo a partir de Marx y Engels, coincidiendo en algunas ideas con Bloom y Davis.<sup>2</sup> Los clásicos mantuvieron puntos de vista sobre la cuestión nacional que probaron no ser correctos tales como: a) la inevitable asimilación de nacionalidades menores a las grandes naciones; b) la valoración del carácter revolucionaria de la burguesía en las áreas de influencia y "colonización"; c) la vía francesa como forma tendencial de desarrollo de la burguesía, desechando la vía británica que contemporizó con las fuerzas feudales e hizo reformas escalonadas.

Desde el punto de vista metodológico, la crítica de Mármora va más allá, ya que considera que Marx

y Engels partían de la premisa de la separación entre "infraestructura" y "superestructura"; es decir, la existencia de una esfera de relaciones económicas puras, separadas de lo político-ideológico, sin nexos ni articulaciones. Esta perspectiva impedía imaginar que la burguesía corrigiera y modificara las consecuencias de las leyes económicas de la acumulación capitalista a través de intervenciones permanentes políticamente motivadas. De la misma manera, Mármora considera que en este proceso de "reforma" del capitalismo, el proletariado aportó su contribución en la medida en que se vió obligado a resistir la opresión y la explotación capitalistas.

La historia efectivamente real del capitalismo remite entonces a un desarrollo desigual que, muy lejos de acabar con todo particularismo social y nacional, se apoya precisamente en ellos, creándolos y reproduciéndolos en forma ampliada y permanente, y poniendo así a la orden del día una estrategia de *hegemonía nacional*, a través de la alianza y los compromisos de la burguesía con otras clases no burguesas de la nación.

En este sentido es necesario precisar el concepto de *hegemonía nacional* utilizado por Mármora. Este se basa en la capacidad de una clase de concertar y lograr alianzas y compromisos de naturaleza político-ideológica con otras clases para ganar consenso en la dirección de la nación.

De este concepto parte una de las tesis esenciales de Mármora: la idea de que la estrategia de la hegemonía nacional no sólo es relevante para la burguesía sino también para el proletariado. De aquí se desprende que el proletariado no puede ser ya considerado como la clase que automáticamente representa el interés general sino que deben darse —para lograr esta representación— un trato político permanente y una serie de alianzas con otras clases explotadas en la búsqueda por la hegemonía nacional. Estas alianzas deben extenderse a los sectores medios y al campesinado.

\* Mármora, Leopoldo, *El concepto socialista de nación*. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 96, México, 1986.

\*\* Profesor-investigador de la Maestría de A.S. en la ENAH. Coordinador del "Taller sobre la Cuestión Etnico-nacional".

Después del fracaso de la revolución de 1848, Marx cambió en algunos de sus planteamientos sobre la cuestión nacional. La rectificación consistió en síntesis en lo siguiente:

1. La importancia que asume en sus escritos y su práctica política la liberación nacional de Irlanda; la liberación de la colonia como precondition de la revolución social de la metrópoli.<sup>3</sup>

2. Marx no reitera con tanto celo la centralización, la asimilación y la absorción de la nación más pequeña.

Para el caso de Irlanda, Marx había comprendido la íntima relación entre el desarrollo inglés y el subdesarrollo de la colonia; sin embargo, el centro del análisis siguió siendo la revolución proletaria en Europa occidental. Aún más, este interés de Marx por Irlanda se debió a que consideraba que el proceso de liberación de esta colonia "desbloqueaba" la revolución social en Inglaterra.

A partir de entonces, el problema nacional en la tradición marxista se convirtió en un *residuo* de la época democrática-burguesa; en un obstáculo que amenazaba dividir al proletariado, apartándolo de sus objetivos socialistas. Marx consideró que los particularismos sociales y nacionales serían barridos rápidamente en la primera gran crisis revolucionaria.

De esta manera, la nación había sido primero una tarea democrática en el marco de una revolución dirigida por la burguesía, y luego se convirtió en un residuo de la revolución democrática burguesa inconclusa, dentro del marco general de una revolución dirigida ahora por el proletariado socialista. Esto significó que no se llegara a conceptualizar a la nación como una característica esencial del socialismo y un objetivo a largo plazo del mismo.

A la muerte de Marx, el movimiento socialista soslayó las diferencias reales entre naciones e irrumpió el nacionalismo en la socialdemocracia, sobre todo el nacionalismo de las grandes naciones opresoras.<sup>4</sup>

El austromarxismo, centro de los ataques de los bolcheviques, avanzó, no obstante, en la dirección de atender las aspiraciones de las nacionalidades oprimidas pero dentro de los límites de la reforma.<sup>5</sup>

Lenin viene a subsanar esta situación de la tradición marxista, logrando ligar el paradigma socialista del internacionalismo con el paradigma democrático-burgués del derecho a la autodeterminación nacional.<sup>6</sup>

Lenin distingue netamente lo que significa reivin-

dicar el derecho y la libertad de separación, por un lado, de lo que significa reivindicar una efectiva y real separación, por el otro. El deber o la tarea de los socialistas de la nación opresora es luchar por el derecho de la nación oprimida a determinar libremente si se quiere separar para formar su propio estado nacional. Al mismo tiempo, los socialistas de la nación oprimida deben reivindicar la igualdad de derecho y la libertad de la nación en los marcos de una lucha general. La solución de Lenin se expresa en la fórmula siguiente: "separación del estado imperialista y fusión en una comunidad estatal socialista".

Lenin insistía en el aspecto político de la separación estatal, de aquí que considerara que los países latinoamericanos no tenían objetivos nacionales por los cuales luchar.

Para Lenin, las luchas democráticas y los movimientos nacionales preparan el terreno para el gran asalto revolucionario del proletariado socialista de los países avanzados, asumiendo en este punto la posición de Marx.

De hecho, Lenin partió de las mismas premisas de Marx: 1) el carácter revolucionario del capitalismo; 2) la nación como tarea histórica del capitalismo y la burguesía; 3) la formación de naciones culmina con la formación de un estado nacional independiente; 4) la dinámica nacional es un proceso económico que se proyecta en la superestructura política-ideológica (objetivismo económico); 5) la



FOTO: Agnes Donnadieu

transición al socialismo se realiza en un contexto global y simultáneamente.

Mientras tanto, los radicales de izquierda (Trotski, Rosa Luxemburgo, entre otros<sup>7</sup>) negaban la viabilidad de los movimientos de liberación nacional de los pueblos dependientes sin una revolución socialista en Europa.

En particular Trotski pensaba que el socialismo es internacional o no es socialismo. En contraposición, Stalin afirmaba que es posible asegurar, incluso a largo plazo, la revolución socialista en un solo país.<sup>8</sup> De aquí que Stalin señalara que la tarea principal de la revolución rusa era afirmarse y consolidarse. No obstante, en la consecución de este objetivo, Stalin, y también Bujarin,<sup>9</sup> comenzaron a identificar los intereses de una revolución socialista *nacional* con los intereses de la revolución *internacional*, subordinando los últimos a los primeros. En consecuencia, la lucha nacional revolucionaria de la Unión Soviética fue mitificada especialmente por Stalin como la lucha "entre socialismo y capitalismo".

En los hechos ésto significó que el estalinismo equiparó los intereses particulares de un sujeto histórico —en este caso la Unión Soviética— con los intereses universales del socialismo, incurriendo en lo que Mármora califica como *nacionalismo antiimperialista*; esto es, mantener en pie la concepción de la revolución mundial en el centro de la cual se encuentra el movimiento revolucionario en cuestión (URSS, China, el "Tercer Mundo").

En este contexto, Mármora plantea la articulación entre el marxismo que predominaba en la II Internacional y el joven movimiento obrero. La determinación revolucionaria y, a la vez, la inmadurez histórica de la clase obrera, generaban prácticas políticas e ideológicas que se expresaban en el reduccionismo clasista y, en consecuencia, se carecía de toda voluntad hegemónica en relación al conjunto de la sociedad y las clases explotadas del pueblo. Esto resultó en dos fenómenos estrechamente ligados a la práctica de los comunistas: el obrerismo y el economicismo; es decir, desarraigo y alienación con respecto a los problemas e intereses de otros sectores populares, que en su conjunto constituyen las mayorías nacionales, y de ese modo, el desinterés por la propia realidad nacional. De esta manera, la clase obrera quedó atrapada en la red de la hegemonía burguesa.

En síntesis, la crítica de Mármora al concepto

marxista de nación se fundamenta en la siguiente consideración: A partir del presupuesto teórico de considerar que dentro de la totalidad social existe una esfera económica separada de la superestructura política-ideológica, se desprende que entre clase y nación se da también una separación semejante. Separada de las clases y de la lucha de clases, la nación aparece entonces como negación absoluta de las mismas; es decir, como una comunidad humana acabada y perfectamente cerrada y, por otro lado, la lucha de clase proletaria parece moverse al margen de las líneas políticas e ideológicas nacionales.

Asimismo, la nación aparece por un lado basada en el mercado capitalista y, por el otro, como unidad étnico-cultural. Una se concibe como nación; la otra como *nacionalidad*, la cual a su vez, según Engels, da origen a las naciones. Mármora crítica ambas interpretaciones. Si se escamotea lo subjetivo y lo político y la constitución de consensos como factores de la conformación de naciones, reduciéndolas a un movimiento unilateral de "abajo arriba", de carácter cuasi naturalista, no es de extrañarse que la comunidad étnica se convierta entonces en la sustancia decisiva, objetiva e invariable, determinante en última instancia de las fronteras de la nación.<sup>10</sup>

El marxismo tradicional no logra comprender las complejas y múltiples relaciones entre nación y bur-



guesía. En su lugar construye una relación mecánica y monocausal que se refleja en la tesis según la cual la burguesía crea a la nación porque necesita un mercado interior integrado. Esto lleva a considerar a la nación como un producto pasivo de la historia y de la burguesía, como una “envoltura” transitoria, neutral e indiferente desde el punto de vista social; como una entidad cerrada en sí misma, libre de contradicciones, tal como se infiere de la definición de Stalin,<sup>11</sup> la cual, como sabemos, expresa una concepción empirista, enumerativa de rasgos, al margen de la existencia de las clases y de la lucha de clases, concepción que resulta de escindir lo nacional de lo social, la nación de la lucha de clases.

El reduccionismo clasista y el nacionalismo antiimperialista comparten el mismo núcleo teórico: separar la lucha de clases de la nación, separación que, a su vez, se deduce de la separación entre “base” y “superestructura”, entre sujeto económico y sujeto político.

Mármora señala que clase y nación se relacionan orgánicamente, están contenidas y presupuestas la una en la otra. Las clases para ser hegemónicas deben constituirse como clases nacionales. La nación emerge como producto de la lucha de clases. En realidad “infraestructura” y “superestructura” constituyen una unidad.

En la segunda parte de su obra, Mármora trata la constitución contradictoria de la “nación burguesa”. Para ello recurre al concepto de *matriz espacio-temporal* y sus relaciones con el concepto de capital; se trata de reconstruir teóricamente las matrices espacio-temporales bajo las condiciones del capitalismo.

Espacio y tiempo no son datos apriorísticos fijos, sometidos sólo en segunda instancia, a través de la representación ideológica, a la influencia de los condicionamientos sociales. No existe un tiempo ni tampoco un espacio únicos. Esto significa que el espacio y el tiempo, en su misma constitución interna, se conforman y estructuran a partir del correspondiente modo de producción.

Para elaborar su argumento con respecto a este tema, Mármora señala que el capitalismo se caracteriza por la existencia de la mercancía, del trabajo humano abstracto, en contraposición a las formas de dominación anteriores de tipo personal y concreto. De esta manera, el capital se basa en el trabajo humano universal: la fuerza de trabajo, fuente de plusvalía, es cosmopolita. Sin embargo, el capi-

tal existe y sólo puede existir como muchos capitales ya que la competencia es la naturaleza interna del capital.

Con ésto se trata de destacar la doble determinación inscrita en el concepto simple de capital: por un lado, su carácter universal (y civilizatorio) y, por el otro, su fragmentación en capitales particulares, su particularización. Homogeneización y uniformación dentro de cada estado por separado, fragmentación y diferenciación hacia afuera en lo que se refiere a las relaciones interestatales. En suma, la tendencia integracionista, cosmopolita y humanista y la tendencia separatista, nacionalista.

De esta manera, el espacio capitalista se compone de fragmentos cerrados y, al mismo tiempo, tiende a abarcar el mundo entero. La matriz espacial capitalista traza en el espacio una frontera que divide un interior y un exterior. El interior es la nación que se coloca frente a otras. A su vez, en el interior de la nación se crean “fronteras internas” para las minorías y los disidentes, quienes son colocados como “fuera de la nación”, como enemigos de la misma, reducidos en campos de concentración, reservaciones (“regiones de refugio” diría Aguirre Beltrán) o ghettos.

El tiempo capitalista es único y universal, orientado hacia el producto en la forma de capital, eslabón de un renovado ciclo productivo. Es una temporalidad sin fin, acumulativa y abierta hacia el futuro.

El tiempo histórico, la matriz temporal capitalista, se produce en la forma nacional del estado burgués que no tolera más que una historia nacional. La universalización de la matriz temporal capitalista se produce en la forma del estado burgués. El estado se transforma en sostén y sujeto de esta universalidad. El carácter acumulativo de esta matriz tiene por efecto que la historia sea concebida como historia de la formación nacional.

A través de esa doble tendencia que caracteriza a la matriz espacio-temporal capitalista, esto es, homogeneización - universalización/particularización-fragmentación, las relaciones capitalistas de producción determinan y conforman el sistema mundial de los estados burgueses. La nación, en este contexto, es el resultado de la contradicción entre estas dos tendencias que se atraen y se repelen; la nación es el eslabón o instancia de mediación entre las determinaciones contradictorias que están en la base del concepto simple de capital.

En el ámbito de las ideologías, la idea burguesa de nación contiene dos corrientes intelectuales: la universalista, iluminista y la particularista, romántica, representadas —según Mármora— por Robespierre y Dantón, respectivamente. Estas tendencias están unidas en la ideología nacional, ambas irrenunciables para comprender el concepto de nación. La primera corriente se presenta como radical-democrática, racionalista y cosmopolita; con el ideal de una nación como el reino liberado de tiranos en el que imperarían la fraternidad, la felicidad y la razón. De este patriotismo universal, la burguesía, al consolidarse en el poder, pasa al patriotismo nacional del Estado: en esta perspectiva ideológica los enemigos no son sólo los elementos aristócratas sino también, otras burguesías. Del ideal de la nación universal, de la confraternización, se pasa a la defensa de las fronteras. De la ayuda revolucionaria a otros pueblos en lucha contra los tiranos se pasa a la no intervención en los asuntos internos de otros estados.

En Alemania prosperó la idea de nación como una comunidad de las generaciones pasadas, presentes y futuras, vivientes en un territorio determinado. Esta idea representa un concepto de nación “por herencia”, en la que se desplaza el eje de los derechos universales del hombre del caso francés, a los derechos históricos de las naciones, y a la exaltación del Estado por encima del individuo; es más, la disolución del individuo en el Estado, el egoísmo nacional de Estado y, en suma, la justificación del derecho del más fuerte. Individuo, familia, nación y Estado conformarían una unidad en el pensamiento alemán nacionalista, en el que el Estado se convierte en el organismo superior, más complejo y extenso, y la nación como un suplemento subalterno.

Independientemente de las tendencias predominantes, la ideología nacional contiene dos funciones: unificación hacia dentro, demarcación hacia fuera. Mármora considera que es vano tratar de dividir y aislar estas dos facetas intrínsecas de la ideología burguesa.

Mármora señala otras funciones de la nación a nivel de mayor concreción: la función de asegurar la unidad originalmente ejercida por la persona del monarca comienza a ser asumida cada vez más directamente por la sociedad civil misma, para lo cual se constituye la nación. La nación es entonces el eslabón que vincula el poder político de la burguesía revolucionaria con la sociedad civil como única fuente de poder.

Las sociedades precapitalistas mantenían clases dominantes que por lo general, pertenecían a otra comunidad étnica, cultural y lingüística, en tanto que la sociedad nacional capitalista crea las condiciones para la homogeneización entre las clases. De esta manera, la dominación nacional es la que resulta de la exclusión de la coerción extraeconómica (la religión, por ejemplo) de las relaciones básicas de producción y explotación.

Pero la dinámica decisiva y el impulso para la formación de una nación no proviene de una comunidad geográfica, de cultura, de raza, etc.; las naciones no pueden ser reducidas a ninguna sustancia de este tipo. Esas comunidades o elementos comunes históricamente dados son apoyos considerables que, a lo sumo, pueden representar condiciones necesarias, pero de ninguna manera son condiciones suficientes para la formación de naciones. Esos elementos o lazos comunes, desde el punto de vista lógico y a menudo también genético, son consecuencia y no causa de la existencia de naciones.

Para que la nación pueda surgir es necesario que el poder político sea desprivatizado, despersonalizado; en otras palabras, nacionalizado. Desde el punto de vista conceptual, el proceso de formación nacional está entonces inseparablemente conectado al proceso de formación del estado moderno.

A este respecto, la nación burguesa es una comunidad formal y abstracta de hombres; formal, porque incorpora efectivamente a sus miembros sólo en función de propietarios; abstracta, porque deja de lado las relaciones concretas de producción y las determinaciones y funciones sobre las que reposan las dependencias y desigualdades fácticas entre los hombres.

En concreto, en el surgimiento de las naciones, el eslabón intermedio esencial, el sujeto actuante, es el constituido por las clases, las fracciones de clase, los grupos sociales, la estructura social y la lucha de clases.

Mármora critica la concepción objetivista de Stalin ya que deja a un lado la voluntad política, la conciencia nacional, en el surgimiento y formación de las naciones. Sin intervenciones políticas no es posible el desarrollo de un mercado “nacional” que se extiende armónicamente por todo el territorio de la nación, integrado en todas sus partes con igual intensidad y profundidad. El punto de partida de Mármora para una consideración positiva de la nación no va a ser —como en el marxismo tradicional—



FOTO: Rubén Nieto

la formación del mercado nacional sino la formación de un sistema de hegemonía o “bloque histórico”; es decir, el nivel de articulación orgánica entre los factores objetivos materiales y los político-ideológicos del devenir histórico; esto es, entre infraestructura y superestructura.

Al introducir el concepto de “bloque histórico”, retomando la terminología utilizada por Gramsci, Mármora pretende superar la separación analítica entre base y superestructura para llegar a la comprensión de ambas categorías como unidad contradictoria y dinámica.

Así, el concepto de nación parece estar inseparablemente unido al concepto de hegemonía; esto es, la capacidad de una clase para extender tendencialmente su conducción moral y cultural respecto al conjunto de la sociedad; la capacidad para articular los propios intereses con los intereses globales.

El corporativismo es el complemento negativo de la hegemonía en el extremo opuesto equidistante. Se trata de la actitud de una clase o grupo social que se orienta exclusivamente hacia sus propios intereses, mostrando una incapacidad para definir una perspectiva social global que permita ejercer una conducción política, moral y cultural sobre otros sectores populares y nacionales.

Los conceptos de clase y nación están entrañablemente unidos: no pueden existir clases más que en la nación y en la medida en que se constituyen como clases nacionales, es decir, hegemónicas. Pero al mismo tiempo, la nación tampoco puede existir antes que sea erigido un sistema de hegemonía. Cada sujeto social —en la medida en que posee una voluntad hegemónica— aspira a llenar la idea de nación con su contenido específico, por ello es que dentro de

la misma formación social pueden existir y rivalizar varias ideas de nación (sobre todo en los momentos de graves crisis y convulsiones sociales).

Si aceptamos esto, entonces es posible afirmar que no existe ninguna nación puramente burguesa en el sentido de que, por ejemplo, el proletariado no pertenezca a ella.<sup>12</sup> Lo que caracteriza a la nación es su capacidad de “integrar” y cohesionar a todas las clases de la sociedad ya sea como individuos o colectivamente como sujetos subalternos. Esto la identifica como un sistema de hegemonía.

De esta forma, al analizar la nación se hace necesario concentrar la atención sobre la manera en que la dominación burguesa, como forma de explotación económica, trasciende y logra la aceptación de las masas. El punto focal del análisis se desplaza hacia el nexo entre coerción y consenso, entre la fuerza y el consentimiento voluntario.

Ahora bien, una nación tiene fronteras, las cuales incluso forman parte de su definición conceptual. Estas fronteras están determinadas no sólo por la constitución de un mercado nacional. La base económica sobre la que se funda la nación incluye y abarca asimismo el mercado mundial. Esta contradicción básica también forma parte de la definición conceptual de nación.

La base económica influye y actúa sobre el proceso de formación nacional, pero esa influencia o determinación no es mecánica ni directa sino que aparece mediatizada por la capacidad política e ideológica de la burguesía nacional, o la fracción burguesa portadora del proyecto de formación nacional.

La tercera parte del libro de Mármora es la más interesante a la luz de lo que acontece en nuestros países periféricos y dependientes. En ésta se ocupa del tránsito de la concepción burguesa de nación, a otra cuya característica central es la disolución del vínculo entre nación y burguesía. Esto significa, un estadio más evolucionado de la nación, disociada de la burguesía, una nación popular democrática, en nuestros términos, nación-pueblo.

Para lograr este objetivo Mármora hace una revisión de algunos de los autores en los que fundamenta, críticamente, su concepción.

Es particularmente interesante la revisión que hace de Otto Bauer, quien al igual que Borojov, establecía un vínculo entre nación y socialismo, entre nación y proletariado. Los trabajadores (y en particular sus partidos y organizaciones políticas) necesitan conocer de manera precisa las condiciones

nacionales e históricas de su lucha, la escala de valores, las tradiciones, la estructuración social y política de sus respectivas naciones. Otto Bauer no define la lucha nacional como una lucha por la separación e independencia estatal de una nación oprimida en relación con una opresora. La define en cambio, como una lucha social por la constitución o integración interna de una nación. Bauer afirmaba: "El desarrollo de todo el pueblo hacia la nación no ha de ser obtenido por medio de la lucha con otros pueblos, sino a través de la lucha de clases dentro de la nación".

Bauer, por tanto, 1) desvincula la cuestión nacional de la revolución democrática-burguesa; 2) la sitúa como un objetivo estratégico de todo el pueblo; 3) enfatiza la integración interna, social y cultural de la nación y 4) sitúa en el primer plano la hegemonía interna del socialismo y la lucha por la democracia.

Tomando en cuenta estas aportaciones, Mármora hace una crítica a las ideas más conocidas de Bauer, la cual puede resumirse: a) Bauer no concibió la nación en términos de unidad contradictoria entre clases dominantes y dominadas; b) escindió la nación de la lucha de clases y la cultura de la economía y de la política y c) llegó a la conclusión de que la nación estaría constituida solamente por la comunidad cultural de las clases "ilustradas".

A partir de estas críticas Mármora plantea su posición positiva sobre la nación, colocando como eje la realidad contradictoria de la nación burguesa, la cual se plantea límites infranqueables para su realización en los marcos del orden capitalista:

1) El límite para la completa consumación del particularismo nacional burgués está dado por la existencia y configuración del mercado mundial.

2) El límite objetivo para la realización de la integración y la homogeneización internas de la vida política, económica, social y cultural de la nación está marcado por la estructuración y división de la sociedad burguesa en clases hostiles entre sí.

En este contexto, no es posible afirmar que las burguesías nacionales del Tercer Mundo sean anti-nacionales por definición, de la misma manera que su antiimperialismo está limitado objetivamente.

Tampoco las barreras que limitan la democratización e integración internas de la nación pueden ser superadas en los marcos del capitalismo. La realización de la unidad nacional tarde o temprano se estrella contra la realidad de la dominación y la explotación de clases. Ante estos obstáculos, el desa-

rollo nacional sólo puede ser consumado por un movimiento de base, popular, democrático y anti-capitalista.

Resumiendo la tesis de Mármora al respecto tenemos que en virtud de la naturaleza contradictoria de la nación burguesa y de las estrechas fronteras que limitan objetivamente sus posibilidades de desarrollo es dable inferir la posibilidad práctica y teórica de la nación popular democrática, conllevada y constituida por la hegemonía de un movimiento democrático de base. Esta es la única perspectiva realista de largo plazo que puede darse a la lucha nacional, a la vez que es la única que está de acuerdo con la ética internacionalista y humanista del socialismo. La lucha por la nación es por redefinir los términos y las condiciones de su existencia interna y su inserción en el mundo exterior.

El tránsito de un modelo de nación a otro se produce como un proceso de desplazamiento interno de la hegemonía de un sujeto social a otro. Articulación de un nuevo sistema hegemónico y desarticulación del viejo son dos procesos inseparables e impensables el uno sin el otro.

En este proceso, la democracia entendida como lucha por la constitución y expresión orgánica del consenso popular, de la voluntad nacional popular, es una figura central.

En el último apartado de su obra, Mármora se ocupa de la cuestión nacional en América Latina, región en la cual el proceso de formación nacional se llevó a cabo de "arriba a abajo". Los jóvenes estados fueron constituidos y dominados por pequeñas élites oligárquicas con escasa base social de apoyo. El Estado nacional no fue el resultado sino el inicio del proceso de formación nacional, todavía inconcluso.<sup>13</sup>

La dependencia externa de las naciones latinoamericanas se debe a la incapacidad de la burguesía para consolidar internamente su hegemonía. Paradójicamente, la mejor forma de defender la soberanía nacional estaría dada por la búsqueda de consenso y por la democratización de las estructuras políticas y sociales de la nación.

En esta perspectiva Mármora destaca la actualidad del pensamiento de José Carlos Mariátegui, quien en un momento dado toma conciencia de que: a) el socialismo peruano no podía apostar todo a la carta de la solidaridad internacional del proletariado; b) el socialismo no podía imponerse en contra de la voluntad de la nación; c) el proletariado peruano,

débil no sólo numéricamente sino además en casi todo otro sentido, debía constituirse como parte de un sistema hegemónico democrático de base nacional, cuyo impulso principal provendría de las masas campesinas indígenas; d) una estrategia tal habría de ser la expresión más pura del socialismo e internacionalismo en Perú.<sup>14</sup>

Mariátegui por tanto, se planteaba como objetivo no sólo la fundación de un estado independiente de toda potencia extranjera; sino a su vez, la constitución interna de la nación peruana. Colocaba en el centro de su enfoque los aspectos económicos y sociales de la problemática nacional. Se trata de separar a la nación de la dinámica burguesa, arrancando de las manos de la burguesía la dirección de la misma. La revolución habría de ser democrática y nacional, pero no burguesa; democrática y nacional, pero también, y al mismo tiempo, socialista e internacionalista.

Mariátegui esbozó una estrategia de desarrollo y de emancipación nacional que, en lugar de negar la heterogeneidad histórica, social, cultura y étnica, la tomaba como fundamento mismo de la identidad nacional.

Mármora incluye en su obra un anexo que trata sobre la nación y la democracia en Argentina en el que expone la tesis de que en el pasado ha habido una escisión múltiple entre socialismo, populismo y democracia y que una renovación de la perspectiva emancipadora para Argentina está condicionada por la convergencia de esos movimientos.

Para desarrollar su tesis Mármora hace una revisión de las posiciones de Marx y Engels y, en general, de los marxistas en relación a la realidad latinoamericana. Marx y Engels asimilaron a los pueblos latinoamericanos a la categoría de "pueblos sin historia".<sup>15</sup> Esta categoría estuvo subyacente en todos sus juicios y apreciaciones sobre el proceso sociohistórico de América Latina. Más allá del simple traspaso de manos mexicanas a manos norteamericanas, Engels creyó ver en la anexión de Texas, California, etcétera, el paso, de esos territorios de la penumbra de lo irracional a la luz del devenir histórico.

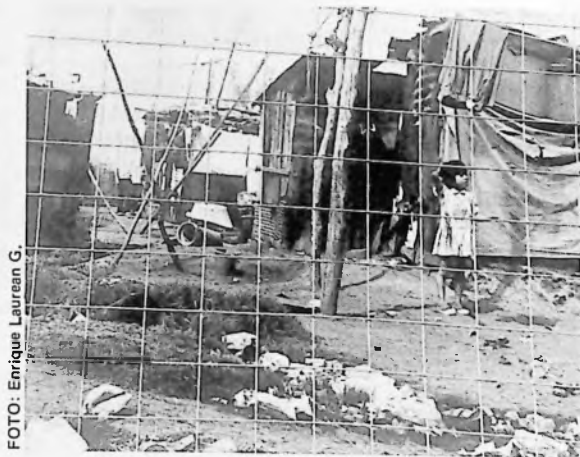
Marx en sus juicios sobre Bolívar, todos ellos negativos, expresa una perspectiva también sobre la historia y la realidad latinoamericanas, más específicamente sobre las guerras de independencia y las condiciones de surgimiento y existencia de las jóvenes naciones latinoamericanas.

Este desencuentro entre el socialismo internacional y la realidad latinoamericana se prolongó a la época de la II Internacional. En el Congreso de Basilea, que tuvo lugar en noviembre de 1912, en pleno auge de la revolución mexicana, ésta no fue mencionada ni siquiera con una palabra. Para los socialistas de los países centrales lo que no se adecuaba a los moldes concidos de la lucha de clases "moderna" y "civilizada" era ignorado o negado como ahistórico, irracional, etcétera.

Las masas populares mexicanas aparecen en los análisis de la prensa socialista de la época como objetos de explotación y casi nunca como sujetos de liberación.<sup>16</sup>

Las masas agrarias, es decir, la substancia misma de la nación mexicana no sólo en un sentido numérico sino también racial, histórico y cultural, quedaban fuera de las preocupaciones de los socialistas. La articulación entre el movimiento obrero y la población agraria del país como posible eje de un nuevo bloque social revolucionario y como posibilidad histórica de acoplar el socialismo a las raíces más profundas de la nacionalidad mexicana no fue encarada, ni siquiera tematizada.

Con la III Internacional se prolonga el desencuentro del marxismo con la realidad latinoamericana. En 1928, por primera vez se trata la cuestión ibero-



americana pero se rechazan las tesis de Mariátegui, pasando América Latina a ser subsumida bajo una categoría tan general como la de "países semicoloniales".

El desencuentro del marxismo con la realidad



latinoamericana tuvo su máxima expresión política cuando a partir de 1929, bajo la influencia del estalinismo, se produce el desencuentro y la escisión de los movimientos populistas-nacionalistas, por un lado, y los jóvenes partidos comunistas, continuadores de la herencia socialista revolucionaria, por el otro. Los comunistas se automarginaron de los movimientos populistas, contribuyendo a que se consolidara y desarrollara en ellos la hegemonía burguesa.<sup>17</sup>

El divorcio del marxismo con la realidad nacional, en general, y con el populismo, en particular, en Argentina llegó a ser más dramático aún que en otras partes del continente debido a la identificación casi total de la clase obrera con el peronismo.

De esta parte del trabajo de Mármora es importante destacar algunas ideas presentes en la obra pero que conviene reiterar por la calidad de tesis programáticas de algunas de ellas en el marco de los procesos políticos actuales de América Latina:

a) La necesidad de desplazar el sentido de la cuestión nacional del antiimperialismo, hacia la lucha democrática; es decir, la lucha por la liberación nacional, hacia la construcción de una hegemonía nacional por parte de los sectores populares, democrático y socialistas.

b) En consecuencia, la perspectiva de la cuestión nacional no se define en torno a relación nación-imperio sino más bien como superación de la contradicción pueblo-nación.

c) Socialismo y democracia no son idénticos, cada uno posee connotaciones específicas. El socialismo tiene escaso desarrollo de sus connotaciones nacionales y populares, se ha manifestado en un clasismo exclusivista y reduccionista.

d) La perspectiva democrática permite articular las aspiraciones de clase proletarias con las del resto heterogéneo de sectores sociales que integran el movimiento popular. La democracia socialista re-

quiere para su funcionamiento de una amplia vigencia de las libertades políticas que aseguren una información y participación irrestricta de las masas populares en la discusión y, sobre todo, en la toma de decisiones para la solución de todos los problemas que atañen a la comunidad. Y al hablar de libertad política y, siguiendo a Rosa Luxemburgo, Mármora se refiere a la libertad de las minorías críticas disidentes.

e) El movimiento sindical por sí mismo no generará la conducción revolucionaria. Hay que romper el corporativismo laborista. El socialismo es una tarea nacional y popular que desborda a la clase obrera. Será la creación y el resultado de un movimiento democrático y socialmente heterogéneo de masas.

Hasta aquí las ideas expresadas por Leopoldo Mármora en su *Concepto socialista de nación*. No hay duda de que la riqueza de su contenido y el carácter impugnador de sus tesis rompe con los reduccionismos que hasta la fecha vienen impregnando la teoría y la práctica de los socialistas. Esperamos que a partir de los muchos filones que la obra deja por profundizar, los estudiosos de la cuestión nacional continúen por el camino por ella iniciado.

Especialmente importante nos parece la investigación de los temas que sobre el problema étnico se presentan en la constitución de las naciones y en la imposición del sistema de hegemonía nacional burguesa, mismo que Mármora no trata en su obra por no ser este el eje de sus argumentaciones. Con todo, el trabajo de Leopoldo Mármora constituye un excelente marco de referencia dentro del cual lo étnico adquiere su dimensión adecuada. Para el proceso de constitución democrática de la nación-pueblo es fundamental que las etnias conquisten un lugar protagónico en la conformación de la nueva hegemonía nacional.

## Notas

<sup>1</sup> A este tipo de nación, nosotros la hemos llamado "nación-pueblo". Ver: Gilberto López y Rivas, *Antropología, minorías étnicas y cuestión nacional*, México, Aguirre y Beltrán, Cuicuilco, 1988.

<sup>2</sup> Ver: Salomón F. Bloom, *The World of Nations: a study of the national implication in the work of Karl Marx*. New York, Columbia University Press, 1941. Horace B. Davis, *Nacionalismo y socialismo*. Barcelona, Ediciones Península, 1972. George Haupt u Weill Claudie, *Marx y Engels frente al problema de las naciones*. Barcelona, Fontamara, 1978.

<sup>3</sup> En torno a los puntos de vista de Marx y Engels sobre Irlanda ver: *Imperio y colonia: escritos sobre Irlanda*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979.

<sup>4</sup> Ver: Calmer, Kautsky, et al., *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1978.

<sup>5</sup> Ver: Bauer, Otto, *Las nacionalidades y la socialdemocracia*. México, Siglo XXI, 1979.

<sup>6</sup> Lenin, V.I., *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*. Moscú, Ed. Progreso, s/f. S. Kaltajchian, *El leninismo sobre las naciones y las nuevas comunidades humanas internacionales*. Moscú, Ed. Progreso, 1977.

<sup>7</sup> Ver: Trotski, León, *Sobre la liberación nacional*. Bogotá, Ed. Pluma, 1980. Rosa Luxemburgo, *La cuestión nacional y la autonomía*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979.

<sup>8</sup> J. Stalin, J. Zinoviev, *El gran debate (1924-1926)*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1976.

<sup>9</sup> Ver: S. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, México, Siglo XXI, 1986.

<sup>10</sup> Este tipo de reduccionismo constituye la base de las actuales corrientes etnicistas en América Latina. Ver: Díaz-Polanco, Héctor, *La cuestión étnico-nacional*. México, Fontamara, 1988.

<sup>11</sup> Stalin, José, *El marxismo y la cuestión nacional*. Barcelona, Anagrama, 1979. Esta edición contiene tres artículos críticos de la obra de Stalin.

<sup>12</sup> De la misma forma se expresa de hecho Ber Borojov cuando afirma que el proletariado mantiene intereses nacionales específicos. Ver: Bojorov B., *Nacionalismo y lucha de clases*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.

<sup>13</sup> Ver: Kaplan, Marcos, *Formación del estado nacional en América Latina*. Buenos Aires, Amorrortu, 1969.

<sup>14</sup> Mariátegui J.C., *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta, 1976.

<sup>15</sup> Ver: Rosdolsky, Roman, *Friederich Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*, México. Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.

<sup>16</sup> De la misma forma como aparecen los indígenas en las corrientes etnicistas.

<sup>17</sup> Esto sucede en México a finales del cardenismo, cuando los comunistas son separados y se automarginan de las centrales obreras, iniciándose el proceso de corporativización del movimiento obrero que dura en parte hasta nuestros días.